

# De Velázquez al centro comercial

Víctor Pliego

La palabra clave es “autofinanciación”, una nueva jergonza para disfrazar las ansias de mangancia y choriceo, que son palabras feas e inadecuadas. A caballo de su ampliación física, la autoridad ha dispuesto una modificación de la naturaleza jurídica del Museo del Prado y, en aras de la mejora del servicio, propone “flexibilizar sus posibilidades de actuación para incrementar los recursos financieros propios” a través de un nuevo régimen económico-financiero configurado como un “ente público empresarial”.

Las actividades mercantiles invaden los espacios de la cultura, diluyendo las tenues fronteras entre arte, ocio y negocio, entre lo público y lo privado. Hay empresas más rentables que un museo: parques temáticos, industrias del vestido, comida rápida, farmacias, microinformática, etéreos servicios. Pero la cruel manía de rentabilizarlo todo se contagia rápidamente.

El Museo del Prado es un tesoro de valía incalculable y los buitres de las finanzas lo otean lúbricamente, calculando sus posibles réditos, especulando sobre el valor espiritual que emanan las desprevenidas colecciones de nuestra maravillosa pinacoteca. De hecho, está gobernado y patrocinado principalmente por personalidades más duchas en ingeniería bursátil que en pigmentos, con el señor don Eduardo Serra a la cabeza. Versado en los misterios de complejo militar económico-industrial, fue ministro de Defensa con González y con Aznar, en deslumbrante metempsicosis.

La “línea trazada por otros museos internacionales” es la que nos dicen que hay que seguir como corderitos para no quedar de tonto-el-último. Cuestiones secundarias, como la investigación, la difusión, la conservación o el personal, se abordan muy someramente en el proyecto de Ley, que para eso llegará el capital con sus prodigios de gestión y las correspondientes subcontratas. Pero el disfrute del museo es de tal grado que pretender un lucro material, en vez de rendirle el debido tributo en dádivas y respeto, resulta tan mezquino como errado. Los mercaderes han invadido el templo de la pintura para restaurar el culto al Becerro de Oro. A ver quién es el gaupo que los expulsa...